

Docentes universitarios, uníos

POR SANTIAGO GÁNDARA

Secretario General de AGD Sociales. Profesor adjunto regular de Teorías y prácticas de la Comunicación II en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Casi nadie discute hoy la condición de trabajador del docente e investigador universitario ni advierte contradicción alguna entre esta caracterización y su lugar *distinguido* en tanto intelectual, profesional, experto o académico.

Se impuso este reconocimiento en virtud de por lo menos dos fenómenos. De un lado, la progresiva precarización en nuestras condiciones de trabajo y nuestro salario. Desde los años ochenta, los docentes universitarios seguimos reclamando un salario equivalente a la media canasta para el cargo testigo -ayudante de primera con dedicación semiexclusiva. Hoy cobra \$4200 (en la UBA, menos por el descuento compulsivo del 4,5% de la Caja Complementaria). Y eso sólo como una ilustración que podríamos completar con la denuncia del trabajo gratuito, las subrogancias, la situación de los contratados o monotributistas y la permanente inestabilidad laboral.

Del otro, la emergencia de un movimiento docente que desde hace décadas construye formas organizativas (sindicatos, comisiones internas, cuerpos de delegados) y se manifiesta con el repertorio histórico de los trabajadores: movilizaciones, paro. Un movimiento que no ha cesado de crecer tal como se advierte, por caso, en la historia de nuestro gremio, la Asociación Gremial Docente (AGD) que, quince años atrás, se fundó con poco más de un centenar de docentes y que hoy cuenta con 4700 afiliados.

Pero comenzamos esta breve nota con un "casi". El Rectorado y la mayoría del Consejo Superior -es decir, el gobierno de la Universidad- lo discute. O peor aún, recusa y niega nuestra condición de trabajadores. ¿De qué otro modo se explica su pertinaz negativa a reconocer la ley jubilatoria que garantiza a los docentes que cumplen 65 años a optar por otros cinco más? ¿O qué otra cosa revela más claramente el rechazo a considerarnos como trabajadores el hecho de que en la UBA no se aplique el Convenio Colectivo de Trabajo, una conquista del movimiento docente y, como instituto, de los trabajadores en su conjunto? ¿Y la persistencia de docentes que trabajan gratis en todas las facultades?

Las luchas del movimiento docente -en la UBA y en todo el país- han logrado conquistas importantes: en 2005, una mesa de negociación salarial y el blanqueo de nuestro salario tras una huelga que se extendió en todo el segundo cuatrimestre; en 2007, 2000 cargos con salario para los ad honorem; en 2009, la ley jubilatoria también tras una intensa movilización, petitorios, carpas frente al Congreso; en 2011, el CCT nacional; en 2016, la recuperación de la paritaria en marzo y no en junio, como se nos impuso en 2013.

Pero estas luchas no bastaron para terminar con ese paraíso de la flexibilización laboral -incluso en un cuadro de precarización del sistema universitario nacional- que es la UBA. Tal movimiento tiene todavía mucho para desplegar, pero sobre todo para seguir fortaleciendo sus organizaciones independientes de los gobiernos de turno (de sus políticas de Estado, como el sostenimiento de la menemista Ley de Educación Superior) y de las gestiones que se han terminado de desenganchar -no sólo salarialmente- del conjunto de los docentes, sus necesidades y sus derechos.

Con todo, el mayor mérito de la organización de los docentes como trabajadores puede encontrarse en otro lado: la asamblea, como espacio de deliberación y resolución colectivas. La asamblea *desenclaustra* doblemente. Primero, porque reinstala la igualdad: allí las opiniones y la mano alzada de un titular o de un ayudante valen por lo que valen, por su condición de trabajador. No es poca cosa en una universidad regida por jerarquías que suelen derivar en arbitrariedades o despotismos para nada ilustrados y que rechazan además el claustro único docente. Segundo, porque nos conecta -nos vuelve a conectar- con el conjunto de los trabajadores que se organizan de igual modo más allá de la naturaleza distinta de su trabajo. Algo fundamental durante estos treinta años ininterrumpidos de vida universitaria. Y todavía más, en tiempos de profundización del ajuste y de ofensiva contra nuestras condiciones de vida. "Nuestras", de los trabajadores.